

DP42

A5



FONDO
BERNANDO DIAZ RAMIREZ

Compuesto en máquina Typograph.—Barcelona.

ESPAÑA

I

BARCELONA

Era una lluviosa mañana de Febrero, una hora antes de salir el sol. Mi madre me acompañó hasta el rellano, repitiéndome los consejos que durante un mes cada día me prodigara; después me echó los brazos al cuello, rompió en amargo llanto, y desapareció. Quedé un momento inmóvil, con el corazón oprimido, fijos los ojos en la puerta y á punto de gritar:

—¡Abre, madre mía! ¡abre! ¡Ya no me marchó! ¡Quiero quedarme contigo!

Mas luego bajé á saltos la escalera como malhechor perseguido. Al hallarme en la calle, me pareció que entre mi casa y yo se habían interpuesto las olas del mar y levantándose las cimas de los Pirineos, y ¡cosa extraña! no me sentía alegre á pesar de haber esperado aquel día con tanta impaciencia. Al doblar una esquina, un médico amigo mío, que iba al Hospital, y á quien no había visto hacía más de un mes, me preguntó:

—¿A dónde vas?

—A España—le contesté.

Y no quiso creermé, pues mi semblante triste y melancólico, no parecía anunciar un viaje de recreo.

Durante el trayecto de Turín á Génova, ni un instante se apartó de mí el recuerdo de mi madre, ni pude olvidar tampoco mi pobre biblioteca, ni mi cuartito que quedaba desocupado, ni las dulces costumbres de la vida casera, á la que daba un adiós por muchos meses. Pero cuando llegué á Génova, la vista del mar, los jardines del Acquasola, y la compañía de Antonio Julio Barrilli, devolvieronme la paz y la alegría. Recuerdo que á punto de embarcarme, en el bote que debía conducirme al buque, me entregaron una carta de un corredor de fondas, con estas solas palabras: «Malas noticias de España. La situación de un italiano en Madrid en época de lucha contra el Rey, sería peligrosa. ¿No desistes? Piénsalo bien». Salté al bote, y en marcha. Poco antes de salir el buque, quisieron darme su ¡adiós! dos oficiales amigos; me parece que los veo todavía de pie en el bote, cuando el buque empezaba á moverse.

«—Oye, me traerás una espada de Toledo» — gritaban.

«—¡Una botella de Jerez!»

«—¡Una guitarra! ¡Un sombrero andaluz! ¡Un puñal!»

Al poco rato sólo vi sus blancos pañuelos y escuché sus últimos gritos. Quise contestarles; pero la voz se apagó en mi garganta. Me eché á reír y me pasé la mano por los ojos. A los pocos momentos me acomodé en el camarote, y apoderóse de mí un sueño delicioso, soñé con los consejos de mi madre, con el portamonedas, con Francia, con Andalucía. Al despuntar el día dejé el lecho, y subí á cubierta; nos hallábamos á poca distancia de la costa francesa, el primer pedazo de tierra extranjera que veían mis ojos. ¡Y cuán hermosa! No me saciaba de mirarla; mil vagos pensamientos cruzaban por mi mente, y me preguntaba extasiado: ¿pero en verdad, es esto Francia? ¿Y soy yo quien aquí se halla? Hasta dudaba en aquellos momentos de la identidad de mi persona. A eso del mediodía empezamos á ver Marsella. La

primera vista de una gran ciudad marítima, produce una especie de aturdimiento, que apaga el placer de la admiración. En estos momentos recuerdo, como á través de una niebla, un inmenso bosque de naves, un marinero que me habla una jerga incomprensible, un carabinero que me hace pagar, no sé en virtud de qué ley, *deux sous pour les Prusiens*; después un oscuro cuarto de fonda, luego unas calles interminables y plazuelas mezquinas; un continuo vaivén de gentes y carruajes, batallones de zuavos, uniformes militares para mí desconocidos, millares de luces, millares de voces, y por último, un fastidio y una profunda melancolía que acabaron en penoso sueño. A la mañana siguiente, al despuntar el día, me hallé instalado en un vagón del ferrocarril, que va de Marsella á Perpiñán, entre unos diez ó doce oficiales de zuavos, llegados de Africa el día anterior, unos con muletas, otros con bastones, aquellos con el brazo en cabestrillo; pero todos alegres y decididos como estudiantillos. El viaje era largo, y fué preciso buscar alguna distracción; pero con todo lo que había oído contar, de la mala voluntad que nos profesan los franceses, no me atreví á decir esta boca es mía. ¡Tontería! Uno de ellos me dirigió de pronto la palabra:

—¿Es usted de Italia?

—Sí, señor, de Italia soy.

Y aquello fué una señal de fiesta y algazara. Todos menos uno habían combatido en mi patria. Uno de ellos había sido herido en Magenta; y allí empezó el contar anécdotas de Génova, de Turín, de Milán, haciéndome mil preguntas y describiendo la vida que llevaban en Africa. Alguno de ellos sacó á colación al Papa.

—¡Malo! — dije para mi capote; — pero pronto comprendí que era más radical que yo.

—Vosotros debíais cortar el nudo de la cuestión y llegar hasta el fin, sin hacer caso de los campesinos.

A medida que nos íbamos acercando á los Pirineos, llamábanme la atención el nuevo acento de

CAPITULO ALFONSO

los viajeros que entraban en nuestro coche, y la manera cómo moría la lengua francesa, por decirlo así, en la lengua española, al sentir la vecindad de España. Por fin, ya en Perpiñán, al subir á la diligencia escuché por vez primera, las palabras agradables y sonoras: «Buenos días y Buen viaje», que me causaron un placer inmenso. Con todo, en Perpiñán no se habla español, sino un dialecto horrible, mezcla de francés, marsequés y catalán, que desgarrá el oído. La diligencia me dejó en una fonda ú hotel, entre un caos de oficiales, señoras, ingleses y baúles. Un mozo me hizo sentar quieras que no á una mesa, preparada de antemano. Comí, me saquearon, metieronme en la diligencia, ¡y en marcha otra vez!

¡Qué desgracia! Después de haber deseado tanto tiempo atravesar los Pirineos, debía pasarlos de noche. Antes de llegar á la falda del primer monte era ya obscuro. Durante largas horas, entre el sueño y la vigilia, no vi más que trechos del camino alumbrado por la incierta luz de los faroles de la diligencia, negros perfiles de montañas, algunas rocas salientes que casi podía tocar extendiendo el brazo por las ventanillas del coche, y no oí más ruido que el cadencioso galopar de los caballos, y el silbido del viento que no cesó de soplar un solo instante. Tenía al lado un joven americano de los Estados-Unidos, el tipo más original del mundo, que no cesó de roncar un solo instante con la cabeza apoyada en mi hombro. De vez en cuando, me despertaba, para exclamar con lamentable acento: «¡Qué noche!... ¡Qué noche más horrible!» sin observar que con su cabeza me daba motivos, más que suficientes, para lamentarme también de aquella noche. En la primera parada bajamos los dos, y entramos en un pequeño mesón para beber un poco de licor. Preguntóme si viajaba por asuntos comerciales.

—No, señor—le contesté,—viajo por recreo. ¿Y usted, si no soy indiscreto?

—Yo—díjome con gravedad,—viajo *per amore*.

—¿*Per amore*?

—¿*Per amore*!

Y me espetó una larga historia de una pasión amorosa contrariada, de un matrimonio frustrado, de un rapto, un duelo, y no sé cuántas cosas más, para terminar diciendo que viajaba con objeto de distraerse y olvidar á la persona amada.

Y buscaba realmente la manera de distraerse cuanto le era dable, porque en cuantos mesones entramos después hasta llegar á Gerona, no hizo más que requebrar á las criadas, siempre con mucha gravedad (justo es decirlo); pero con una audacia que el deseo de distraerse no bastaba á justificar.

A las tres de la madrugada llegamos á la frontera.

—«¡Estamos en España!»—gritó una voz.

Paróse la diligencia: descendimos otra vez el inglés y yo, y entramos con mucha curiosidad en una pequeña hostería, deseosos de ver á los primeros hijos de España entre las paredes de su casa. Encontramos una media docena de carabineros, el mesonero, su mujer y sus hijos, sentados alrededor de un brasero. Hiceles muchas preguntas, contestáronme con vivacidad é ingenio tales, que me dejaron realmente sorprendido, pues creía que los catalanes eran gente ruda y de muy pocas palabras, según había leído en los diccionarios geográficos.

Les pedimos de comer, y nos sirvieron el famoso chorizo español, una especie de salchichón, relleno de pimienta, que abrasaba la boca, y una botella de vino dulce con un poco de pan duro.

—Y bien, ¿cómo va vuestro rey?—les pregunté, después de haber tragado los primeros bocados.

El carabinero á quien había dirigido la palabra, quedó al principio un poco turbado, me miró, miró á los demás y díome, por fin, la siguiente curiosa respuesta:

—Está reinando.

Todos se echaron á reir, y mientras buscaba una pregunta algo más apremiante, noté que me decían al oído: «¡Si es republicano!»

CAPILLA AEFONNIA

Volví la cabeza, y vi al mesonero que miraba al techo afectando indiferencia.

—He comprendido—le dije.

Y varié en seguida de conversación.

Al subir á la diligencia, mi compañero y yo nos reímos con gusto de la advertencia del mesonero; maravillados ambos de que tuvieran tanto peso, en una persona de su clase, las opiniones políticas de un carabinero. No obstante, en el mesón donde bajamos después, oímos cosas muy distintas.

En todos hallamos al dueño, ó á un concurrente leyendo en alta voz el periódico, y en torno un círculo de lugareños escuchando. De vez en cuando, era interrumpida la lectura, engolfándose los oyentes en una discusión política que yo no entendía, porque hablaban en catalán; pero de la cual sacaba en claro la opinión reinante, sirviéndome de norma el diario cuya lectura había escuchado. Pues bien; debo decir, que en todos aquellos círculos, se respiraba un airecillo republicano capaz de crispar los nervios al más intrépido ama-deista.

Un hombre de aspecto fiero y de voz bronca, después de haber hablado un rato en medio de un círculo de mudos oyentes, volvióse á mí, creyéndome francés, gracias á mi acento nasal, y me dijo con mucha solemnidad:

—Oiga usted una cosa, caballero.

—¿Qué he de oír?—le contesté.

—Que España es más desgraciada que Francia.

Dicho lo cual, se puso á pasear por la sala con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho.

Oí que otros muchos hablaban confusamente de las Cortes, de los ministros, de ambiciones, de traidores y de otras cosas terribles.

Una sola persona, una muchacha de un restaurant de Figueras, al saber que yo era italiano, me dijo sonriendo:

«—Ahora tenemos un rey italiano».

Y al poco rato, cuando se iba, añadió con graciosa sencillez:

«—A mí me gusta».

Era aún de noche, cuando llegamos á Gerona, donde el rey Amadeo, recibido, según se dice, con agasajo, colocó una lápida en la casa que habitó el general Alvarez durante el célebre sitio de 1809. Atravesamos la ciudad, que nos pareció inmensa, muertos de sueño como íbamos é impacientes por echarnos á dormir en un vagón de ferrocarril. Llegamos por último á la estación, y al apuntar el alba salimos para Barcelona.

¡Dormir! Era la primera vez que veía salir el sol en España, ¿cómo podía dormir? Me asomé á una ventanilla, y no retiré la cabeza hasta llegar á Barcelona.

¡Ah! ¡Ningún deleite puede compararse al que se experimenta cuando se llega á un país desconocido, con la imaginación dispuesta á ver cosas nuevas y maravillosas, con mil recuerdos de fantásticas lecturas en la cabeza sin cuidados! Penetrar en este país, pasear ávidamente la mirada por todas partes, buscando algo que os haga comprender, por si lo ignorabais, que os halláis allí; reconocerlo poco á poco, aquí por el vestido de un campesino, allá por una planta, más lejos por una casa; ver, á medida que se avanza, cómo se multiplican estos indicios, estos colores, esta forma, y comparar todas estas cosas con la idea que de ellas habíamos formado anticipadamente; hallar pasto para la curiosidad en cuanto sorprende la mirada, y en cuanto llega á nuestros oídos, en las caras, en los acentos, en los gestos, en las palabras; lanzar un ¡oh! de estupor á cada paso; sentir que nuestra mente se ensancha y se esclarece; desear á la vez llegar en seguida al país que no se llega nunca; impacientarse por verlo todo; preguntar mil cosas al vecino, tomar un apunte de un pueblo ó abocetear un grupo de campesinos; exclamar diez veces: «Ya estoy aquí», y pensar que un día lo contaréis punto por punto; es en verdad el más intenso y el más variado de los placeres humanos.

El americano roncaba.

CAPILLA ALFONSO XIII

La parte de Cataluña que se recorre desde Gerona á Barcelona, es muy varia, fértil y admirablemente cultivada. Es una sucesión de pequeños valles, cintas de colinas de graciosas formas, con bosques frondosísimos, torrentes, gargantas y castillos antiguos. Por todas partes una vegetación espléndida y robusta, que recuerda el severo aspecto de los valles de los Alpes.

Realza el paisaje el pintoresco traje de los campesinos, que responde de un modo admirable á la altivez del carácter catalán. El primero que vi iba vestido de pies á cabeza de terciopelo negro; llevaba en torno del cuello una especie de tapabocas á listas blancas y encarnadas, y en la cabeza un gorro á la zuava de un color rojo subido, que le caía sobre los hombros; algunos usaban polainas de piel, con botones hasta la rodilla; otros calzaban zapatos de tela, á modo de pantuflos, con la suela de cuerda, abiertos por delante y atados alrededor del pie con una cinta negra cruzada; en una palabra, un vestir esbelto y elegante, y al propio tiempo severo. No hacía mucho frío; pero iban todos embozados en su manta ó tapabocas mostrando únicamente la punta de la nariz y la del cigarrillo, parecían caballeros saliendo del teatro, no ya por la manta en sí, sino por el modo de llevarla, colgando de un lado, como caída al azar; pero con ciertos pliegues y ondulaciones, que le prestan la gracia y la majestad de un manto.

En todas las estaciones del ferrocarril había tipos semejantes, cada uno con mantas de color; no pocos vestidos de paño fino y nuevo, casi todos sumamente limpios, y guardando cierta dignidad y apostura que daban mayor realce á sus trajes pintorescos. Pocas caras morenas, tendiendo al blanco en su mayoría; los ojos negros y vivaces; pero sin el fuego y movilidad de las miradas andaluzas.

A medida que se adelanta, van apareciendo villas, casas, puentes, acueductos, en una palabra, todo cuanto anuncia la vecindad de una populosa

y rica ciudad comercial, Granollers, San Andrés de Palomar, el Clot, se hallan rodeados de fábricas, quintas de recreo, huertas y jardines. Por las calles se ven grandes hileras de carros, grupos de paisanos y soldados. Las estaciones del ferrocarril se hallan invadidas por numerosa muchedumbre; quien no lo supiera de antemano, creería estar atravesando una provincia de Inglaterra y no una provincia de España.

Pasada la estación del Clot, que es la última antes de llegar á Barcelona, se ven por todos los lados grandes edificios de piedra, largas cercas, inmensos rimeros de materiales de construcción, chimeneas, fábricas y operarios; siéntese ó parece sentirse un rumor sordo, confuso y siempre creciente, cual si fuera el aliento fatigoso de la gran ciudad, que se agita y trabaja. Por último, de una mirada se abarca Barcelona entera, el puerto, el mar, una diadema de colinas, todo se muestra y aparece en un momento, y os encontráis en la estación con la sangre revuelta y la cabeza confusa.

Una diligencia tan grande como un vagón, me llevó del ferrocarril á la fonda más cercana, en la cual oí en seguida hablar italiano. Confieso que me causó un placer, cual si me hallara á inmensa distancia de Italia, después de un año de viaje. Pero fué un placer que duró poco. Un camarero, el mismo á quien había oído hablar, me acompañó al cuarto que me destinaron, y comprendiendo seguramente por mi sonrisa que yo debía ser compatriota suyo, me preguntó con galantería:

—*¿Finisce di arrivare?*

—*¿Finisce di arrivare?*—le pregunté á mi vez, abriendo los ojos, sorprendido.

Debo hacer notar que en español la frase *acabar* (*finire*) de hacer una cosa, corresponde á la frase francesa *venir de la faire*. Por esto no entendí, de momento, lo que me preguntaba.

—Si—añadió el camarero,—*domando*, si el *cavaliere discende ora medesimo dal cammino di ferro?*

—¡Ora medésimo! ¡cammino di ferro! Pero, ¿qué clase de italiano hablas, amigo mío?

Quedóse un poco desconcertado. Luego supe que en Barcelona hay un gran número de camareros de fonda, mozos de café, cocineros y criados de todas clases, en su mayoría, de la provincia de Novara, que parten para España muchachos todavía y que hablan esta horrible jerigonza, mezcla de francés, italiano, castellano, catalán y piamontés, no con los españoles, se entiende, porque el español lo han aprendido todos; pero sí con los viajeros italianos con el deseo de hacer creer que no han olvidado la lengua materna. Por esto he oído decir á muchos catalanes: «Entre vuestro idioma y el nuestro hay muy poca diferencia».

—¡Ya lo creo! Podría añadir ahora lo que me dijo un corista castellano con un tono de bondadosa altanería á bordo del buque que cinco meses después me conducía á Marsella. «La lengua italiana es el más hermoso de los dialectos que se han formado de nuestro idioma».

*

Apenas repuesto de la fatiga que la «terrible noche» que el paso de los Pirineos me había ocasionado, salí de la fonda con intento de recorrer las calles. Barcelona, por su aspecto, es la ciudad menos española de España. Grandes edificios, de los cuales, pocos, muy pocos, son antiguos, anchas calles, plazas regulares, tiendas, teatros, espléndidos cafés, y un ir y venir de gentes, coches y carros, de la orilla del mar al centro de la ciudad, y de allí á los barrios extremos, lo mismo que en Génova, Nápoles y Marsella.

Una calle anchísima y recta, llamada la Rambla, adornada con dos hileras de árboles, atraviesa casi por el centro de la ciudad, desde el puerto hacia arriba; un espacioso paseo, adornado con edificios nuevos, se extiende á lo largo de la costa, sobre una alta muralla terraplenada, contra la cual se estrellan las olas del mar. Un importantísimo ba-

rrío, casi una ciudad nueva, se levanta al Norte, y por todas partes, nuevos edificios rompen el antiguo cinturón, esparciéndose por el campo, y alejándose en interminables líneas hasta los pueblos vecinos. En todas las colinas de los alrededores se elevan quintas, fábricas, pequeños palacios que se disputan el terreno y se aprietan, mostrando su cabeza unos tras de otros, formando espléndido y grandioso cerco á la antigua ciudad. Por todas partes se construye, se transforma, se renueva; el pueblo trabaja y prospera; Barcelona florece.

*

Eran los últimos días de Carnaval.

Las calles se hallaban invadidas por inmensa muchedumbre de gigantes, diablos, príncipes, moros, guerreros, y por una cabalgata de figurones, que por mi desgracia me salían siempre al paso, vestidos de amarillo, con una larga caña en la mano, de cuyo extremo pendía una bolsa, que metían por las narices á todo el mundo, en tiendas, ventanas, hasta en los balcones de los cuartos principales de las casas, pidiendo una limosna no sé á nombre de quién; pero destinada á pagar seguramente alguna clásica francachela en la última noche de Carnaval. Lo más bonito que vi fue la mascarada de los niños. Se acostumbra vestir á los chiquillos menores de ocho años: cuál de hombre, á la moda francesa, en traje completo de baile, con guante blanco, sendos bigotes y peluca; tal de Grande de España, cubierto de cintas y pingajos; este otro de campesino catalán, con la «barretina» y la «manta». Las niñas de damas de Corte, de Amazonas, de poetisas con la lira y la corona de laurel, y otros y otras, con los trajes de las distintas provincias del Estado, una de jardinera de Valencia, otra de gitana andaluza, quién de montañés vascongado, el traje más hermoso y pintoresco que se puede imaginar. Los padres los llevan de la mano por el paseo, vi-

niendo á ser aquello una especie de torneo de buen gusto, de fantasía y de lujo, en el cual el pueblo toma parte con mucho deleite.

*

Mientras buscaba el camino para ir á la catedral, encontré un grupo de soldados españoles. Me paré á mirarlos, comparándolos con la pintura que de ellos hizo Baretti, él cuenta que le asaltaron en la posada, tomándole uno la ensalada del plato, mientras otro le arrebató de la boca una pierna de pavo. Es necesario confesar que desde entonces han variado mucho. A primera vista, los tomaría cualquiera por soldados franceses, pues usan como éstos pantalones encarnados y un capote gris que les baja hasta la rodilla. Sólo noté alguna diferencia en el sombrero. Los españoles llevan un birrete de forma particular, achatado por detrás, encorvado por delante, provisto de una visera que les tapa la frente, de fieltro gris, sumamente ligero, que lleva el nombre de su inventor, Ros de Olano, general y poeta, que tomó el modelo de su sombrero de caza. La mayor parte de los soldados que vi, todos de infantería, eran jóvenes, de baja estatura, morenos, esbeltos, limpios, como se puede imaginar que sean los soldados de un ejército cuya infantería fué sin duda la más ligera y vigorosa de Europa. Hoy todavía los infantes españoles gozan fama de incansables andadores y de corredores ligerísimos. Son sobrios, altivos y llenos de un orgullo nacional de que no es posible formarse idea exacta, sin haberlos tratado muy de cerca. Los oficiales usan, como los italianos, levita negra y corta, que cuando no están de servicio llevan abierta, mostrando el chaleco abrochado hasta el cuello. En las horas libres no ciñen espada, y en las marchas, como los soldados, usan polainas de paño negro que les llegan hasta las rodillas. Un regimiento de

infantería, en traje de campaña, presenta un aspecto elegante y guerrero.

*

La catedral de Barcelona, de estilo gótico, con sus atrevidas torres, es digna de figurar al lado de las más bellas de España. El interior lo forman tres grandes naves, separados por dos órdenes de altísimas columnas de forma esbelta y atrevida. El Coro, en mitad de la iglesia, está adornado con profusión de bajosrelieves, filigranas y figuras. Bajo el Santuario se abre una capilla subterránea, iluminada constantemente, en medio de la cual se encuentra la tumba de Santa Eulalia, que se vislumbra por unas pequeñas ventanas abiertas alrededor del Santuario. Cuenta la tradición, que los matadores de la santa, que era hermosísima, antes de darle muerte, quisieron verla desnuda; pero al rasgar el último velo, la envolvió una sutil nube, ocultándola á las impúdicas miradas. Su cuerpo se halla aún entero y lozano como en vida, y no hay ojos humanos que resistan el contemplarla. Sigue contando la tradición, que un obispo incauto que á fines del último siglo quiso copiar la tumba y ver los sagrados despojos, cegó al punto de mirarlos.

En una pequeña capilla tras del altar mayor, profusamente iluminado con cirios, se contempla un Santo Cristo, de madera pintada, algo torcido hacia un lado. Dícese que el Cristo aquél se hallaba en una nave española en la batalla de Lepanto, y que desvió su cuerpo, evitando así el choque de una bala de cañón que iba recta á su pecho. De la bóveda de la misma capilla pende una pequeña galera construída á semejanza de la que montaba don Juan de Austria en la lucha contra los turcos.

Bajo el órgano, de estructura gótica, y cubierto por grandes tapices pintarrajeados, cuelga una

España—2

enorme cabeza de sarraceno, de cuya boca abiertas caían en otros tiempos confites para los chiquillos.

En las demás capillas se ven hermosas tumbas de mármol, y algún lienzo precioso de Viladomat pintor barcelonés, del siglo xvii.

La iglesia es obscura y misteriosa. A su lado se eleva el claustro, sostenido por grandes pilas-tras, formadas de delgados baquetones, y adornadas con capiteles sobrecargados de pequeñas estatuas, que representan escenas del antiguo y nuevo Testamento.

En el claustro, en la iglesia, en la pequeña plaza que la precede, en las calles que la circuyen, se respira como un aura de melancólica paz que seduce y entristece á un tiempo, como el jardín de un cementerio. Un grupo de viejas horribles y barbudas, custodia la puerta.

En el interior de la ciudad, vista ya la Catedral, quedan pocos monumentos dignos de ser visitados. En la plaza de la Constitución, se levantan dos palacios, la «Casa de la Diputación» y la «Consistorial». El primero del siglo xvi, y el otro del xiv. Ambos conservan todavía algún detalle digno de nota; la puerta en la una, en la otra el patio. En uno de los lados de la «Casa de la Diputación», vése la rica fachada gótica de la capilla de San Jorge. Existe aún el palacio de la Inquisición con su angosto patio, ventanas con férreas rejas y puertas secretas, que se ha reconstruido casi en su totalidad, conservando el carácter primitivo.

Quedan algunas enormes columnas romanas en la calle del Paradís, perdidas entre las casas modernas, circuidas de tortuosas escaleras y de obscuras estancias. Y no hay otra cosa digna de llamar la atención de un artista. En cambio vese fuentes con columnas, pirámides, estatuas, avenidas con sus «villas», jardines, cafés, fondas; una plaza de toros capaz para diez mil personas; un barrio que se levanta sobre un brazo de tierra que forma el puerto construido con toda simetría

y habitado por diez mil marinos. Muchas bibliotecas. un riquísimo museo de historia natural. un archivo que es de los más ricos en documentos históricos, desde el siglo ix hasta nuestros días, esto es, desde los primeros Condes de Cataluña, hasta la guerra de la Independencia.

*

Fuera de la ciudad, una de las cosas más notables es el cementerio, á una media hora de camino, en medio de una vasta llanura. Visto de fuera, de la parte de la entrada, parece un jardín, y os obliga á apresurar el paso con un sentimiento de curiosidad que raya casi en alegría. Pero pasado el umbral os halláis ante un espectáculo nuevo, indescriptible, completamente distinto del que esperabais. Os encontráis en medio de una ciudad silenciosa, atravesada por largas calles desiertas, circundada de muros de igual altura y cerrados en sus extremos por otros muros. Avanzad y llegáis á una encrucijada, de donde parten otras calles, otros muros, y de donde se ven á lo lejos otras encrucijadas.

Cualquiera creería hallarse en Pompeya. Los cadáveres se meten á lo largo dentro esos mismos muros, como los libros en los estantes de una biblioteca. A cada ataúd corresponde en el muro una especie de nicho, en el cual se escribe el nombre del que allí está sepultado. Donde no hay ningún cadáver, el nicho tiene escrita la palabra «Propiedad», que quiere decir que está comprado aquel sitio. La mayor parte de los nichos están cerrados con un cristal, algunos con una reja, otros con una finísima red de alambre, y contienen una variedad inmensa de objetos, como ofrenda de la familia del difunto. Allí se ven retratos fotográficos, pequeños altares, cuadros, coronas de siemprevivas, flores artificiales, cuando no bagatelas que le fueron caras al difunto, como cintas, collares de mujer, juguetes de niños, libros, alfileres, cuadros, mil cosas que recuerdan

CAPILLA ALFONSO X

el hogar y la familia, indicando al propio tiempo la profesión de aquel á quien habían pertenecido. Es imposible mirar esos objetos sin enter necerse.

De cuando en cuando, se ve alguno de esos nichos completamente vacío, señal evidente de que durante el día se meterá allí algún féretro. La familia del muerto debe pagar por aquel sitio una cuota anual; si no la paga se saca el ataúd, que es llevado á la fosa común del cementerio de los pobres, al cual se va por una de aquellas calles. Mientras me hallaba en el cementerio, tuvo lugar un entierro: vi de lejos colocar la escala, levantar el ataúd, y abandoné aquel lugar. Una noche, un loco se metió en uno de los nichos, que estaba vacío; pasó un guardia del cementerio con una linterna, y el loco para asustarle dió un grito. El pobre guardia cayó al suelo como herido por un rayo, sobreviniéndole del susto una enfermedad mortal.

En un nicho vi una hermosa trenza de cabellos rubios, que habian pertenecido á una joven de quince años, muerta ahogada. En una tarjeta se leía esta palabra:

— ¡Querida!

A cada paso el curioso ve algo que hiere la mente y el corazón. Todos aquellos objetos producen el efecto de un rumor confuso de voces de madres, de esposos, de niños y de viejos, que dicen en voz baja al paseante:

— ¡Soy yo! ¡Mira!

A cada encrucijada surgen estatuas, templos ú obeliscos con inscripciones en honor de los ciudadanos de Barcelona, que se distinguieron por su conducta durante la fiebre amarilla que en los años 1821 y 1870, invadió la ciudad.

Esta parte del cementerio, fabricada como una ciudad, si así puede decirse, pertenece á la clase media de la población. Confina con dos vastos recintos, uno destinado á los pobres, triste y solitario, con grandes cruces negras, y otro destinado á los ricos más grande que el primero, con

Bonitos jardines, rodeado de capillas, varió, rico, espléndido. Entre un bosque de sauces y cipreses se levantan por todos lados, columnas, tumbas magníficas, capillas de mármol, sobrecargadas de esculturas, en cuya parte superior levantan al cielo los brazos hermosas figuras de arcángeles; pirámides, grupos estatuarios, y monumentos grandes como casas, más elevadas que los árboles más altos. En el espacio que media de monumento á monumento, setos, enrejados y floridos parterres. Y á la entrada, entre éste y otro cementerio, una pequeña, pero magnífica iglesia de mármol rodeada de columnas y medio oculta entre los árboles, que prepara piadosamente el alma al magnífico espectáculo del interior. Al salir de este jardín, se atraviesan de nuevo las calles desiertas de la necrópolis, que parecen más silenciosas y tristes que á la entrada. Traspasado el umbral, saluda uno con placer las casas de variados colores de los arrabales de Barcelona, esparcidas por el campo, como avanzados centinelas, colocados allí para anunciar que la populosa ciudad se extiende y crece.

*

Del cementerio al café hay un buen salto; pero viajando se dan algunos algo más atrevidos. Los cafés de Barcelona, como casi todos los de España, constan de un vastísimo salón, adornado con grandes espejos, con cuantas mesas pueda contener el local, de las cuales no queda ni una desocupada durante el día, ni por espacio de media hora. Por la noche se hallan todos atestados de gente, siendo preciso muchas veces tener que esperar un buen rato junto á la puerta, si se quiere alcanzar un pequeño sitio. Alrededor de cada mesa se ve un círculo de cinco ó seis «Caballeros», con la capa á la espalda (un manto de paño oscuro, guarnecido de una ancha esclavina, que se lleva en lugar de nuestro capote), en muchas me-

sas se juega al dominó. Es el juego más en boga entre los españoles.

En el café, desde el anochecer hasta media noche, se oye un rumor continuo, que ensordece como el ruido de una granizada, producido por el incesante movimiento de las fichas, de tal modo, que es necesario levantar la voz para hacerse oír del vecino. La bebida más común es el chocolate, que en España es exquisito, servido por lo regular en pequeñas jícara, espeso como confitura y tan caliente que abrasa el gáznate. Una de estas jícara, con una gota de leche y una pasta particular sumamente blanda, que llaman «bollo», constituye un almuerzo digno de Lúculo. Entre «bollo» y «bollo», hice mis estudios sobre el carácter catalán, hablando con todos los «Don Fulanos» (nombre consagrado en España como el de Tizio entre nosotros), que tuvieron la bondad de no tomarme por un espía enviado de Madrid para olfatear los aires que corrían por Cataluña.

*

Los ánimos, en aquellos días, estaban sumamente exaltados. Ocurrióme distintas veces, hablando inocentemente de un diario, de un personaje, de un hecho cualquiera con el «caballero» que me acompañaba al café ó á una tienda, ó al teatro; ocurrióme, digo, notar que me hacían señas con el pie, murmurándome al oído:—«Cuidado; ese caballero que está á la derecha de usted, es un carlista».—«Chist! aquel es un republicano».—«El de allá un sagastino».—«Este del lado un radical».—«El que está más lejos un cimbrío».

Todo el mundo hablaba de política. Encontré un barbero, carlista furioso, el cual, notando por mi acento, que «era conciudadano del rey», ensayó, con disimulo, el modo de entrar en conversación conmigo. Yo no dije palabra, porque me estaba afeitando, no era cosa que algún resentimiento de mi orgullo nacional herido, hiciese correr la primera sangre de la guerra civil. Pero el barbero no

se dió por vencido, y no sabiendo cómo meter baza, díjome con gracioso acento:—«Sepa usted, caballero, que si hubiera guerra entre Italia y España, España no tendría miedo».—«Convencidísimo estoy de ello»—le contesté sin perder de vista la navaja. Añadióme después que Francia, una vez pagada su deuda á Alemania, declararía la guerra á Italia.—«No hay escapatoria».—Nada contesté. Quedóse un rato pensativo, diciendo después maliciosamente:—«¡Dentro de poco van á acontecer grandes cosas!»—Agradó mucho á los barceloneses, que el rey se hubiese presentado á ellos con fiado y tranquilo, y la gente del pueblo recuerda con admiración su entrada en la ciudad. Halle simpatía por el rey hasta en algunos que decían entre dientes:—«No es español».—«¿Le parece á usted que estaría bien en Roma, ó en París, un monarca castellano?»—Contestábale al punto:—«No entiendo de política»—y negocio concluido.

Pero los carlistas son realmente implacables. Dicen con la mayor buena fe que nuestra revolución fué un negocio de perros, y casi todos viven en la convicción de que el verdadero rey de Italia es el Papa; que Italia le quiere, y que ha doblado la cerviz al peso de la espada de Víctor Manuel porque no le queda otro recurso; pero que espera la ocasión propicia de sacudir el yugo, como ha hecho con los Borbones y los otros. Bastaría á probarlo la siguiente anécdota que refiero aquí como me la contaron, sin ánimo alguno de herir á la persona que en ella figura:

Un día, un joven italiano, á quien conozco íntimamente, fué presentado á una de las señoras más respetables de la ciudad, la cual le recibió con la más exquisita galantería. Asistían á la reunión varios italianos.

La señora habló de Italia, mostrando mucha simpatía hacia mi país, dando al mismo tiempo las gracias al joven italiano por el entusiasmo con que hablaba de España, sosteniendo, en una palabra, durante toda la noche, una viva y cordial

conversación con los agradecidos huéspedes. De pronto preguntóle al joven:

—Y cuando vuelva usted á Italia, ¿en qué ciudad piensa establecerse?

—En Roma, señora—contestó el joven.

—¿Para defender al Papa?—añadió la dama con la más amable franqueza.

El joven la miró, y sonriendo ingenuamente le dijo:

—En verdad que no, señora.

Aquel «no» desencadenó una tempestad. Olvidóse la dama de que el joven era italiano, que lo eran también sus huéspedes, y fulminó tales inyectivas contra el rey Víctor Manuel, el gobierno piamontés, y Italia, remontándose desde la entrada del ejército en Roma hasta la guerra de la Umbria, que el desdichado extranjero palideció como un muerto. Haciendo un soberano esfuerzo no contestó una palabra, y dejó á sus compatriotas, que eran amigos antiguos de la dama, el cuidado de sostener el honor de su país. La conversación duró un rato y fué acalorada. La señora conoció después que se había dejado llevar de la pasión política, y dió á comprender que le sabía mal. Pero una cosa apareció clarísima en sus palabras, y era que estaba convencida ¡y cuántas con ella! de que la unidad de Italia se había hecho contra la voluntad del pueblo italiano, por el rey del Piamonte, ávido de dominio, y lleno de odio hacia la religión, etc.

El pueblo bajo, sin embargo, es más republicano que otra cosa, y como goza fama de ser tan escaso de palabras, como presto en el obrar, es realmente temido. Cuando en España se quiere esparcir la voz de una próxima revolución, se empieza por decir que estallará en Barcelona, ó que está por estallar, ó que ya ha estallado.

*

Los catalanes no quieren ser confundidos con los españoles de las otras provincias.—«Somos españo-

les—dicen;—pero entendámonos, españoles de Cataluña». Gente, justo es decirlo, que piensa y trabaja, y á cuyos oídos suena más grato el ruido de las máquinas que los acordes de la lira.—«Nosotros—añaden,—no envidiamos á Andalucía su fama novelesca, los lauros del poeta, ni la gloria del pintor; nos basta con ser el pueblo más serio y más trabajador de toda España».—Hablan de sus hermanos del mediodía, como los piamonteses hablaban antes, pero no ahora, de los napolitanos y tudescos.—«Si; tienen ingenio, imaginación, hablan bien, divierten; pero nosotros, en cambio, tenemos más fuerza de voluntad, más aptitud para los estudios científicos, más instrucción popular... y después... el carácter».—Le oí á un catalán, hombre tan claro de ingenio como de doctrinas, lamentarse de que la guerra de la Independencia hizo fraternizar demasiado á todas las provincias de España, de lo cual resultó, que los catalanes contraieron algunos defectos de los meridionales, sin que éstos en cambio adquiriesen ni una buena cualidad de los catalanes.—«Desde entonces—decía,—somos «más ligeros de cascos»—y no sabía consolarse.

Un tendero, á quien pregunté qué pensaba del carácter castellano, me contestó bruscamente, que á su entender, sería una gran fortuna que no existiera ferrocarril entre Barcelona y Madrid, porque el trato con aquella gente «corrompe» el carácter y las costumbres del pueblo catalán. Cuando hablan de un diputado orador, dicen:—«¡Bah!... un andaluz».—Y á renglón seguido ridiculizan su lenguaje poético, su pronunciación dulce, su alegría infantil, la vanidad y afeminamiento de que hacen gala. Estos, en cambio, hablan de los catalanes como una señora caprichosa, literata y pintora hablaría de una muchacha tosca que gustara más leer la «Cocinera genovesa» que las novelas de Jorge Sand.—«Son gente dura—dicen,—hecha de una pieza, que sólo tiene cabeza para la aritmética y la mecánica; bárbaros que harían de una estatua de Montañés un guarda cantón, y de

una fela de Murillo un encerado; verdaderos Beocios de España, insoportables con su jergonza, su aire desdenoso, y su vanidad pedantesca.

*

Cataluña en efecto, es la provincia de España que menos figura en la historia de las bellas artes. El único poeta, no grande, pero célebre que ha nacido en Barcelona, es Juan Boscán, que floreció á principios del siglo XVI. Boscán introdujo en la literatura española el verso endecasílabo, la canción y el soneto, y todas las formas de la poesía italiana de la cual era apasionado admirador. ¿De qué dependió la transformación de toda la literatura de un pueblo? De haber ido Boscán á Granada, cuando se hallaba allí la corte de Carlos V, donde conoció á un embajador de la república de Venecia, Andrea Navagero, que sabía de memoria los versos de Petrarca, recitándolos de memoria. Un día le dijo á Boscán:—«Me parece que también vosotros podríais escribir así: probadlo».—Y en efecto, Boscán lo probó. Pero se le echaron encima todos los literatos de España, diciéndole que el verso italiano carecía de sonoridad, que la poesía de Petrarca era propia de mujeres, y que España no tenía necesidad de pedirle á nadie inspiración prestada.

A pesar de ello, Boscán no dió su brazo á torcer. Garcilaso de la Vega, el valeroso caballero, íntimo amigo suyo, que recibió más tarde el glorioso dictado de Malherbe de España, le siguió. El ejército reformador fué aumentando de día en día, hasta que dominó por completo. Quien realmente hizo la reforma fué Garcilaso; pero corresponde á Boscán el mérito de la primitiva idea, y á Barcelona el honor de haber mecido la cuna de quien hizo cambiar por completo la faz de la literatura española.

En los pocos días que permanecí en Barcelona, solía pasar la noche con algunos jóvenes catalanes paseando por la orilla del mar, á la claridad de la luna, hasta una hora bastante avanzada. Todos conocían un poco el italiano y estaban enamora-

dos de nuestra poesía, de tal modo, que no hacíamos más que recitar versos, como en un certamen, sucediendo las inspiraciones de Zorrilla, Espronceda y Lope de Vega, á las de Foscolo, Berchet y Manconi. Es un placer desconocido y nuevo el que se experimenta recitando versos de nuestros poetas en un país extranjero.

Cuando miraba á todos mis amigos españoles atentos al relato de la batalla de Maclodio, animarse poco á poco, entusiasmarse, cogirme por un brazo y exclamar luego, con un acento castellano que me hacía más gratas sus palabras: ¡Sublime! ¡Bellísimo! sentía removerse mi sangre y temblaba; y creo, que á ser de día, me hubieran visto blanco como el papel.

Recitáronme versos en lengua catalana. Y digo lengua, porque tiene una historia y una literatura propias, quedando relegada al estado de dialecto, gracias al predominio político de Castilla, que impuso su idioma como idioma general de España. Aunque sea el catalán una lengua áspera, de palabras monosilábicas, ingrata de primer momento al que tenga el oído muy delicado, tiene, con todo, notables cualidades, que han aprovechado con mucho talento los poetas populares, tanto más, en cuanto se presta de una manera especial á la armonía imitativa. Una poesía que me recitaron, cuya primera estrofa imitá el ruido cadencioso de un tren en marcha, me arrancó un grito de admiración. Pero, sin intérprete, el catalán es incomprendible aun para los mismos españoles. Hablan aprisa, con los dientes cerrados, sin que el gesto acompañe á la palabra, de donde resulta que es muy difícil comprender el sentido de un período, por simple que sea, y es una suerte si se entiende al vuelo alguna palabra. No obstante, cuando es necesario, hasta la gente del pueblo habla castellano, si bien toscamente y sin gracia alguna; pero de todos modos, algo mejor que los italianos del pueblo bajo de las provincias septentrionales, cuando hablan nuestra lengua. Ni las personas cultas, en Cataluña, hablan á la perfección el idio-